

cual volvió a ser lo que había sido en tiempos de Alfonso VII, centro preferido en España por los poetas occitánicos. Un trovador de origen catalán, el agraciado narrador de «novas», Ramón Vidal de Besalú, nos pone ante los ojos una brillante sesión juglaresca, presidida por Alfonso y Leonor, el éxito instantáneo de un juglar errante que llega de improviso a realzar la brillante alegría del palacio castellano. Nos cuenta el poeta en una de sus novas, haber presenciado el esplendor de la corte de Alfonso de Castilla, el rey más sabio, valiente, cortés y dádivo que hubo jamás en ninguna de las tres religiones. Alfonso mandó juntar muchos caballeros, muchos juglares, muchos ricos hombres, y cuando la corte estuvo llena, entró por medio del gentío la reina Leonor; el cuerpo de la reina aparecía estrechado entre los pliegues de un manto de seda bermeja, con lista de plata y con un león bordado en oro; se inclinó ante su marido y se sentó apartada de él. En seguida, he aquí que un gran rumor se levantó por la corte, y un juglar que entra y, puesto ante el rey, le dice: «Rey de p[re]z, emperador, pues así he llegado a vos, mucho os ruego que mis palabras sean escuchadas. El rey asintió: «Quien hable antes que el juglar haya acabado de decir lo que quiere, perderá mi gracia». Y el juglar continuó con donaire: «He venido para contaros una aventura que acaeció allá, en la tierra de donde vengo, a un señor aragonés, don Alfonso de Barbastro...», y la narración del juglar se dilata en un cuento boccacesco».

Afirma la leyenda, recogida en la Crónica, que Alfonso VIII, estando ya casado con doña Leonor y hallándose a la sazón en Toledo, se enamoró ciegamente de una bellísima doncella judía llamada Raquel, con la que tuvo relaciones ilícitas durante siete años, viniendo a poner fin a las mismas la conjura de algunos nobles que, indignados, hicieron matar alevosamente a la hebrea. La literatura del Siglo de Oro inmortalizó tal episodio, que vino a constituir *leit motiv* de tres obras famosas: la admirable comedia del glorioso Lope de Vega, titulada *Las paces de los reyes* y la *judía de Toledo*, la también comedia de Juan Bautista Diamante, que se rotula *La judía de Toledo* (1635) y el poema de Luis Ulloa *Alfonso Octavo, rey de Castilla* (1650). Esta última creación sirvió de modelo a Vicente García de la Huerta para hacer, en 1778, su tragedia *Raquel*, tenida como la mejor de su clase que vio la luz de aquel siglo.

\* \* \*

Alfonso VIII puso en la alcaldía de Alarcos a don Diego López de Haro, Señor de Vizcaya. Y, acreciendo en bríos contra el invasor, quiso aprovechar la ausencia de Almanzor, llegando hasta Algeciras, en triunfal incursión que le acreditó como el mejor capitán cristiano de su época.

Fué entonces cuando, vislumbrando por sobre las aguas del estrecho la tierra, cuna de sus enemigos, despachó su famoso mensaje de reto al rey de los Almohades, incitándole a la pelea. ¡Bien lejos estaba de imaginar las funestas consecuencias de su acción valerosa! «Si coraje no te falta de medirte conmigo y hallas inconveniente en venir acá con el enjambre de tus africanos, envíame tus buques e iré yo personalmente con ellos a lidiar contigo en tu propia casa». Esta es la versión que del insólito desafío —sin duda uno de los más famosos de la Historia— nos da *El Kartas*.

El arrojó de Alfonso VIII levantó el ánimo de los monarcas de León y Navarra, quienes ofrecieron concurrir a la pelea contra el enemigo común. Hasta el Pontífice,